censura general por la Junta censoria, fundándola en el mérito positivo y comparativo de cada ejercicio, de que se dará razón exacta, y firmándola todos los vocales.

29. A consecuencia, el Rector juntará la comunidad cuando mejor le pareciere, y haciendo leer en ella la censura, se procederá á formar la propuesta para remitir al Consejo.

30. En esta propuesta no se podrá incluir más que tres sujetos: uno en primero, otro en segundo y otro en tercer lugar; y si fueren sólo dos los opositores, se pondrá á uno en primero y á otro en segundo lugar.

31. Esto se observará también aun cuando los opositores sean de diversos estudios, por cuanto la diferencia de ellos no excluye las ventajas de la graduación.

32. Estos lugares de la propuesta se arreglarán por voto riguroso y en quienes obtuviesen la mayoría, sin que haya necesidad de expresar cuántos tuvo, ni cuántos faltaron al propuesto en cada lugar.

(Se continuará.)

José Gómez Centurión,
Correspondiente.

II

CINCO INFORMES

I.—*Servicios prestados por el Cuerpo de Artillería en el sitio y defensa de Tarragona en 1911:* monografía escrita por D. José Cotrina Ferrer, capitán de Artillería.—Madrid. Imprenta de Eduardo Arias, 1912. (Un volumen en 4.°, 153 páginas con los apéndices.—Nota bibliográfica.—Tres planos y seis fotograbados.—Índice.)

II.—*Burgos en la Guerra de la Independencia*, por Anselmo Salvá, cronista de la ciudad é individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia.—Burgos, 1913. Imprenta de Marcelino Miguel. (Un volumen en 4.°, 157 páginas.)

III.—*Joaquín Murat y los últimos tiempos de su reinado en Nápoles*, por Ignacio Baüer. abogado.– Madrid. Imprenta de La Editora, 1912. (Un tomo en 4.°, 266 páginas y el Índice.)

IV.—*Conmemoracion de la batalla de Vitoria.*—Madrid. Imprenta de

Eduardo Arias, 1913. (Un folleto en 4.°, 12 páginas.—Facsímiles de dos cartas dirigidas al general Marqués de las Amarillas, después primer duque de Ahumada; la una por el general inglés Thomas Graham desde Murguía, fecha 21 de Junio de 1813, y la otra por el jefe de Estado Mayor del general en jefe Lord Wellington, coronel Geo. Murray, desde Subijana de Morillas el 20 de Junio de 1813, víspera de la batalla, con las órdenes que le transmitía.—Idem. Relación de las monedas encontradas en los tres cajones cogidos al enemigo.—Estos tres documentos en cartera unida á la cubierta del folleto.)

V.—*Els Manresans al Bruch.—Relacions del capdill en Maurici Carrió, referents á la batalla del Bruch* (6 de Juny de 1808), recolectas y comentadas per Francisco de P. Solá Montañá (1908). Octavi Verder, impresor.- Barcelona. (Un vol. en 8.°, VII, 294 páginas, y los Índices y el Colofón.)—Retrato de Carrió.

El ya bastante numeroso catálogo de las obras centenarias de la Guerra de la Península, llamada generalmente de la Independencia, crece cada día en estudios monográficos, que teniendo por temas de inspiración las efemérides gloriosas ó los nombres singulares de aquella gran fecha histórica de la regeneración de la patria, todos llenan el fin más elevado de la historia, la rectificación y depuración de los sucesos que se conmemoran en ellos, fundada á su vez en la investigación atareada de los documentos que hasta ahora habían permanecido inexplorados é inéditos y en la consulta de las opiniones y textos de los autores, que habiendo escrito sobre los mismos, gozan de más prestigio y autoridad. El Académico que suscribe, tantas veces ha repetido ya en informes como el presente la suma importancia que estos estudios parciales tienen, para cuando algún día llegue la hora de la Historia definitiva que el honor de la Patria con tanta razón espera, que mal podría imprimir novedad á sus juicios, ya conocidos de sobra por la Academia.

Del grupo que ahora, por su mandato, tiene delante de los ojos, destácase en primer lugar la obra sobre *Los sitios y defensa de Zaragoza en 1811*, del capitán de Artillería D. José Cotrina y Ferrer, de cuyo interesante episodio militar en el conjunto de guerra tan prolongada, tres ilustres miembros numerarios y un correspondiente de la Academia habían publicado insignes

trabajos: D. Javier de Salas, en una monografía exclusiva; don Modesto Lafuente, la relación sucinta de los hechos, en la parte correspondiente de su *Historia general de España;* el general Gómez de Arteche, el juicio técnico de los mismos, en su *Historia de la guerra de la Independencia*, y el erudito D. Antonio de Bofarull, un relato de espíritu local más acentuado, en su *Historia de la guerra de la Independencia en Cataluña.* Toreno, Muñoz Maldonado, el general Contreras y otros que también han espigado en los heroísmos á que dieron lugar los sucesos que se realizaron en aquella plaza española por aquel tiempo, pueden ser comprendidos en el grupo de los mencionados, pues todos, con alguna noticia más ó alguna noticia menos, apenas salieron en sus descripciones del marco primitivo que las dió en Francia, desde 1836, Belmas, en sus *Journaux des Sièges dans la Péninsule*, y en España *La Gaceta de la Regencia* desde el año de 1811, en que aquellos hechos de armas se verificaron.

Realmente, no todos los archivos de los documentos que de la guerra de la Independencia nos han quedado, después de los dos incendios padecidos en los del antiguo Ministerio de la Guerra, donde desde 1814 los coleccionó la Comisión militar que el rey Fernando VII formó para que de ella saliesen los Jenofontes y Julio-Césares de tan gran campaña, en vez de haber seguido las inspiraciones de las Cortes de Cádiz, que decretaron tal acopio de materiales y tal obra de historia literaria para nuestra Real Academia, no contienen ya, al cabo de un siglo, todas las testificaciones diplomáticas suficientes para obtener los datos precisos de los acontecimientos, ni la palpitación fresca de las pintorescas remembranzas en que se recrean y ennoblecen la tradición y la Historia. De modo que cuando al acercarse el primer centenario de los sitios y defensa de Tarragona, el *Centro de Naturales* de esta ciudad y su campo abrió público certamen histórico-literario para depurar los servicios que en ellos prestó singularmente el arma de Artillería, á pesar del curioso manuscrito del cirujano Parcet, existente aún en el convento restablecido de los franciscanos de Balaguer, casi parecía un imposible intentar siquiera abordar un tema tan concreto, que exigía, en su desarrollo, for-

mar un cuerpo entero de sucesos continuos y bien trabados para constituir la unidad histórico-monográfica que la condición del certamen imponía, y ante la cual no bastaban ciertamente las noticias y datos aislados de Belmas, de Toreno, de Muñoz Maldonado, de Lafuente, de Gómez Arteche, ni aun los de Salas, Bofarull y otros escritores que ensayaron en sus escritos, más bien la curiosa anécdota, que el cuadro y la severa narración histórica.

Teniendo presentes estas consideraciones, crece más de punto la obra realizada por el capitán D. José Cotrina Ferrer en su precioso estudio acerca de los *Servicios prestados por el Cuerpo de Artillería en el sitio y defensa de Tarragona en 1811*. Su instinto investigador acertadamente le condujo primeramente al Archivo General de la Corona de Aragón, donde pudo consultar los diversos tomos que forman los documentos oficiales de la Junta Superior de Cataluña, y especialmente los de la Comisión de Tarragona; después, como la fuente de aguas más vivas y abundantes, al Archivo de la Comandancia General de Artillería del Principado, existente en la capital condal, y nutrido con pormenores que en ninguna otra parte hubiera sido posible encontrar con carácter más fidedigno, todavía pudo completar su prolijo estudio con los Papeles encontrados á la muerte del Mariscal de Campo D. Juan Barbaza, y en los muchos que de sus colecciones particulares bizarramente le facilitó nuestro digno Correspondiente D. Emilio Morera y Llauradó, que tiene la fortuna de poseerlos interesantísimos. Con estos elementos fácil fué al Sr. Cotrina desafiar los datos de los archivos histórico-militares de Francia, que no siempre se consultan con sinceridad por los escritores de aquel país, aun procediendo de los mismos del general Suchet, con los que se redactaron sus *Memorias*.

El estudio del capitán Cotrina es esencialmente metódico y técnico, por lo que puede servir hasta de modelo de textos de historia militar en las Academias en que se forman los alumnos de la milicia: primero determina el estado de la plaza y sus elementos defensivos al estallar la guerra contra el invasor extranjero; luego examina de igual manera las condiciones del ejército

sitiador. Como el tema del trabajo que desarrollaba se contraía á los servicios prestados por el Cuerpo de Artillería, el capítulo tercero lo consagró al estudio específico de las fuerzas de Artillería de la defensa, á lo que sigue inmediatamente otro cuadro analítico del material de artillería y del auxilio de la labor industrial con que se contaba. Después de enumerar las piezas de fuego, los montajes, las municiones, las obras de protección y resguardo, el número de proyectiles y fuegos artificiales, el complemento del establecimiento artillero con todas sus atenciones diversas, el ganado de arrastre, etc., etc., entra ya en las primeras operaciones desde el 3 de Mayo de 1811; en el despliegue de las fuerzas enemigas el 4 hasta circunvalar la plaza; en el empleo de cada general y jefe enemigo y el desatrollo del plan concebido por Suchet.

La iniciación de la Artillería en la organización de la defensa, según los documentos oficiales consultados por el capitán Cotrina, se pronuncia desde el mismo día bajo el mando del brigadier Carrasquedo, comandante general del arma, á pesar de haber ya indicado al general D. José Caro, gobernador del cantón, la insuficiencia de las 85 bocas de fuego de que únicamente se disponía para oponerlas á las operaciones del enemigo; pero aun así, careciendo hasta de cureñas para los obuses, gastando mayor cantidad de municiones de las que parecía imponer la economía y escasez de las que se tenían, las fuerzas artilleras se multiplicaron de tal modo, que oficiales y tropa del arma el día 10 llevaron varios días sin relevo ni descanso.

Después del ataque del fuerte del Olivo, el segundo período del sitio del 13 al 14 del mismo mes se hizo más penoso, á pesar de los heroísmos del coronel D. Tadeo Aldea con los 2.000 hombres de que disponía. Escaseando las granadas de mano, el 22 de Mayo se hicieron llegar á la plaza 20.000 de vidrio grueso, fabricadas en Mataró, al par de 235 quintales de pólvora inglesa remitidos desde Cartagena. El 24 resultaron disparados por la plaza y fuertes 3.406 balas, 525 tiros de metralla, 1.410 granadas, 434 bombas y 103 balas de iluminación y carcasas. En una salida de nuestras tropas el día 25, al amparo del cañón del

fuerte de Francolí, se causaron 80 muertos al sitiador. En el fuerte del Olivo, el día 29, quedaron inutilizadas 29 piezas, y á las ocho y media de la noche, por el general Ficatier, que había sucedido al de Salme en el ejército enemigo, se intentó un asalto al fuerte, desmantelado en sus parapetos, y en ruinas las débiles defensas de su gola, y tal fué el ímpetu de las dos columnas atacantes, y tal el tesón igual en la agresión y en la defensa, que el combate adquirió caracteres terribles. Callaron el cañón y el fusil; se esgrimieron las armas blancas con verdadero furor; y cuando con la llegada del general Harispe con frescas reservas, se decidió el fin de la lucha, cubría la tierra con tanto honor defendida, 1.200 muertos de los nuestros, y caían otros 1.000 prisioneros, entre ellos 70 oficiales. El gobernador del fuerte, don José María Gómez, se desangraba por las diez heridas que había recibido, y de los artilleros yacían sacrificados 200 al pie de sus cañones.

Todavía la defensa de Tarragona ofrece un tercer período de obstinación y de heroísmo, hasta que en la madrugada del 28 de Junio, después de lanzadas 600 bombas sobre la plaza, dirigidos con horrible estrago los esfuerzos de la acometida á la cortina Oeste del baluarte de San Pablo, volado el repuesto del baluarte de Cervantes, y logrando al cabo las baterías de brecha abrirla en la débil muralla, de tal extensión, que á media tarde dejaba paso á ocho hombres de frente, las columnas de asalto, reforzadas con parte de las reservas, penetraron en la ciudad por entre pilas de muertos de una y otra nación, echándose los asaltantes con saña increíble sobre los defensores de la ciudad y hasta sobre los seres más inofensivos que la ciudad albergaba, hasta dejar sacrificados y esparcidos por todo su recinto 2.300 militares, 2.800 paisanos, 200 mujeres y 130 niños que cayeron al filo de las bayonetas y al plomo de las balas francesas. Aquella carnicería ha sido juzgada por todos los críticos de la guerra como el acto de mayor y más salvaje barbarie y vergüenza que en pleno siglo XIX ha podido cometer en parte alguna un ejército vencedor. «El estrago, dice el autor, duró tres días, y en ellos cayeron prisioneros en poder de Suchet, casi todos los artilleros

que no habían quedado muertos, pues fueron en escaso número los que pudieron escapar. Saquetti corrió aquella suerte, como Contreras, Courten, Messina y Cabrer, y 26 oficiales y 767 individuos de tropa del arma, siendo 11.750, próximamente, los que quedaron sometidos á tal cautiverio, 300 los ahogados al buscar refugio en las barcas, 450 los que lograron este asilo, y siendo *heridos* 5.450 de los *prisioneros*.» (Cap. VIII, pág. 116.)

Es admirable en el libro del Sr. Cotrina la detallada relación técnica de todos los episodios de tan cruenta defensa. Ninguno de los historiadores nacionales ni extranjeros que han descrito el sitio y defensa de Tarragona, ha llegado á la grandeza que este joven capitán ha dado á una narración en la cual no se sabe qué admirar más, si la copia de los datos inéditos recogidos, ó el profundo saber táctico y estratégico del que lo describe. No parece que este escritor-soldado, al referir aquellas acciones, no tiene más instrumento en la mano que la pluma, sino que la acción militar renace y que el fogoso autor toma en ella la parte activa que tocaba al artillero más práctico en el arma á que ha consagrado su existencia.

Corona de esta labor es después la copia de los documentos que la completan como episódicos, desde el cuadro de los artilleros muertos y heridos y el de los que de este arma entraron en las fragosidades del combate bajo sus jefes los dos brigadieres Carrasquedo, Arnau, Saquetti y el teniente Barbaza, hasta los Decretos del Consejo de Regencia que el mismo año discernió los primeros distintivos de honor para todos los supervivientes de empresa tan empeñada. El juicio aprobatorio de esta Real Academia, en opinión del Académico que informa, debe ser para el autor de este libro legítima recompensa que acompañe á las que el capitán Cotrina ya ha recibido, por premio del certamen histórico-literario, del Centro de naturales de Tarragona y su campo, para cuyo concurso la obra fué escrita.

Si no tanta importancia técnico-militar como la obra referida, alcanza también mérito sobresaliente el libro titulado *Burgos en*

la guerra de la Independencia, que el cronista de esta ciudad, y correspondiente nuestro, D. Anselmo Salvá, ha presentado á la Academia. Durante la guerra de la Independencia y desde el principio de la traidora invasión del ejército francés en la Península, Burgos no tuvo una importancia militar que le expusiera á las pruebas sangrientas que sufrieron casi todas las demás capitales de la Monarquía; pero Burgos era la llave de todo el reino para el paso y dispersión de los ejércitos de Napoleón que habían de acudir á derecha, á izquierda, al frente y por todos lados, ya á la irrigación continua de la dominación intentada, ya al refuerzo de uno ú otro ejército, y en general de todas las fuerzas francesas que operaban en España. Ninguna de sus condiciones geográficas y topográficas la disponía á convertirse en baluarte de avance ni de resistencia. El núcleo militar que allí existía era demasiado potente siempre para que se pudiese proyectar por los españoles que la habitaban empresa alguna útil de hostilidad contra el enemigo de la patria; pero el dominio francés que sobre ella violentamente pesaba, la hacían sufrir otro linaje de continuas é inacabables desventuras. Aquellas masas militares que cada día se renovaban caían sobre ella para devorarla en todos los medios de su subsistencia. Alojamientos casi diarios y en número indescriptible; exacciones de dinero, de provisiones de todo género y sin número ni medida; despojos de cuanto la codicia insaciable de los que venían y de los que iban creía de algún mérito ó valor; destrozos y ruinas por dondequiera, y bajo toda clase de pretextos y sin pretextos; violaciones, muertes, estragos de todo linaje: tal es el cuadro de Burgos durante aquella larga crisis que comenzó en los últimos meses del año 1807, y continuó sin interrupción la serie de sus violencias y desastres un año y otro año, y bajo todas las situaciones, hasta que las victorias de Vitoria y San Marcial cerraron por completo el contacto de aquellos foragidos organizados y armados, con el pueblo que prefirió la dolorosa prueba del hierro y el fuego, durante más de seis años, á consentir la vergonzosa coyunda que se le quiso imponer.

Resultarían monótonos, por la repetición de unas mismas amar-

guras, los 39 cuadros que en otros tantos párrafos numerados el autor describe, constituyendo el fondo de su obra, si la variedad de nombres y caracteres, más que de accidentes, no les diera el relieve singular que estimula su interés. El 7 de Octubre de 1807 anunciόse á los munícipes de Burgos la llegada del primer Cuerpo del ejército francés, que iba á entrar en la ciudad, aunque como amigo entonces, y de paso aparentemente para Portugal. Este ejército se componía de 30.000 infantes y 4.000 caballos, para cuya fuerza numerosa se le pidieron alojamientos, bastimentos y todas las demás cosas necesarias para la residencia, mantenimiento y comodidades de los 3.000 infantes y 1.000 caballos que habían de quedar en la capital, así como para el resto, que se había de distribuir en sus inmediaciones. Para estas apremiantes atenciones, tuvo la municipalidad de Burgos que acudir á su crédito y levantar el primer empréstito, que por aquella vez tuvo un éxito satisfactorio; pero las tropas francesas se mostraron desde el primer momento exigentes y altaneras. Desde principios de Noviembre los soldados rechazaban la carne que tuviese hueso ó fuera acompañada de menudos. Los actos despóticos y las amañadas agresiones á que se entregaban los extranjeros, comenzaron á disgustar al pueblo, que fraternalmente les había recibido; pero cuando mal que bien todo se iba componiendo, en los días 27 y 28 de Diciembre se vieron sorprendidos, al entrárseles por las puertas, sin previo aviso alguno, otras dos divisiones francesas que acabaron de consumir en un momento toda la hacienda, todos los préstamos y todos los arbitrios ordinarios y extraordinarios de que era posible disponer. Antes de dar tiempo para nada, en los primeros días de Enero, se recibió la nueva de la rápida aproximación de todo el tercer Cuerpo del ejército de observación de las costas del Océano, mandado por el mariscal Moncey, y el caudal de los gremios, y las fábricas de las iglesias, y el Tesoro de las obras pías, todo se agotó, para dar á Moncey y sus tropas decente hospedaje. Si audaces eran los primeros soldados que vinieron de Francia, los atropellos se centuplicaron en los que detrás iban llegando. Nada hay que decir cuando el 13 de Marzo llegó el Gran Duque de Berg, y fácil es cal-

cular la situación en Burgos después del 2 de Mayo en Madrid.

Comenzó la guerra en todos los ámbitos de la Monarquía y vino á coronarse á España el rey José. Burgos no era más que la plaza de tránsito para todos los elementos que venían á sostener la guerra de dominación contra España y el nudo de relación que sostenía la línea de comunicación de los franceses con su país. Su papel se reducía á ahogar en su corazón la voz de su patriotismo, puesto que toda protesta la era imposible, y obtemperar, á fuerza de sacrificios, con los dominadores. Pero ¡qué sacrificios! El rey José, á quien en los primeros días de Agosto se le recibió con frialdad y se le expuso el estado lastimoso del arruinado vecindario, afectó condolerse y ordenó á Bessieres contuviera los desmanes que tanto afligían una población que él deseaba ver convertida en el verdadero centro de su poder; pero esto en nada aminoró la violencia de las cosa, siempre igual para Burgos, lo mismo cuando gravitaba sobre ella el yugo de los franceses, como cuando, en las vicisitudes de tan larga campaña, la aproximación de los ejércitos nacionales parecía deberla brindar algún respiro. Unos y otros pedían y pedían sin tregua ni descanso lo que á la población esquilmada era ya absolutamente imposible satisfacer.

Sería inútil buscar otros cuadros en el libro del Sr. Salvá, calcado todo sobre los datos documentarios de los Archivos de aquel Municipio. Claro es que, como matices de la narración, se destacan algunos episodios que, aunque debieran á veces hacer hasta reir, siempre entristecen. El mayor número de éstos se condensa en el espíritu rapaz de que venía contagiado el ejército enemigo, lo mismo en sus jefes de más alta graduación, que en el más ínfimo soldado, y en los caracteres que daba á sus rapiñas cada uno de los que las cometían. En vano busca el autor del libro frases de algún elogio para el general Thiebault, mientras estuvo encargado del gobierno de Burgos, por algunas iniciativas de policía que hizo tomar. Bajo el Gobierno de Thiebault, que según el Sr. Salvá, «mandaba decir misas en la catedral, asistía á oirlas y no las pagaba», no sólo se profanó por sus soldados en San Pedro de Cardeña la sepultura del Cid y de doña Jimena, sino que

la destrozaron, revolvieron las cenizas del héroe legendario con las de su esposa y, por último, las esparcieron para que desaparecieran del todo. El general Darmagnac compró la Cartuja de Miraflores, á título de bienes nacionales, y propuso al Cabildo Metropolitano, en 14 de Mayo de 1810, arrancar de su asiento los sepulcros de D. Juan II y su esposa y del infante D. Alfonso, para que el Cabildo los adquiriera y trasplantara á la catedral. El capítulo XXIII de la narración del Sr. Salvá contiene algunas noticias de los robos sacrílegos de alhajas en varios conventos, entre ellos, los de Santa Clara, San Ildefonso, Madre de Dios y todos los de frailes. Del de San Agustín y otros se llevaron, además, los códices y manuscritos de mayor aprecio, y se imputó al afrancesado D. Juan Antonio Llorente, que entonces olvidó sin duda, como en otros actos suyos, el honor que le había dispensado esta Real Academia admitiéndole entre sus numerarios, haber sido cómplice de estos despojos literarios en el convento de San Francisco y en otros monasterios. Las alhajas sustraídas en las Huelgas y en la Cartuja no tenían número, ni es fácil ponderar su valor. De las Huelgas desapareció para siempre la cruz de cristal en que estaba representada la batalla de las Navas de Tolosa, donación de Alfonso VIII; de la Cartuja las espuelas de plata del rey D. Juan II, que allí se conservaban, y el altar portátil de campaña del mismo monarca con los misterios de la Pasión. Las de la catedral quiso el Cabildo ocultarlas y ponerlas á salvo. Habiendo sido transportadas, por temor del saqueo, á una población de Galicia, no faltó un militar francés que penetrara el secreto y se constituyera en su salvador. Desgraciadamente, no las pudo salvar. Después de haber andado rodando hasta 1813 que las llevaron á León, de allí las recogió el general Barón de La Martinière, que, dando aviso de ello al Cabildo, se las llevó á Francia para salvarlas, y en Francia se obscurecieron para siempre. En realidad, ¿no fueron estas rapiñas uno de los signos más característicos del enemigo de España en su invasión y lucha para dominarla? Del año 1811 refiere el Sr. Salvá un obsequio á Burgos de su gobernador francés entonces, el general Dursenne, que no se debe omitir. El 15 de Agosto fué fiesta onomástica del empe-

rador Napoleón, y Dursenne quiso lisonjear al pueblo burgalés ofreciéndole una corrida de novillos y una gran iluminación, «mandando á los vecinos de la plaza que cada uno cerrase por su cuenta, para la corrida, el soportal que le correspondía». Y añade el autor: «Dió en aquel día á las autoridades y personas distinguidas una comida regia, pidiendo á la municipalidad la vajilla, los cubiertos, la mantelería y otros efectos que, por supuesto, *no devolvió*.»

En el capítulo XXIX relata el Sr. Salvá la efeméride más trágica que para Burgos tuvo aquella inolvidable situación: el suplicio de la horca á que el día 2 de Abril de 1812 sometieron á los cuatro vocales de la Junta de defensa de la provincia, D. Pedro Gordo, cura de Santibáñez de Ayllón, el abogado D. Eulogio José Muro, D. José Ortiz Covarrubias, cura de Salas, y D. Pedro Velasco, que cogidos presos en Grado y conducidos á Soria, allí fueron inhumanamente ejecutados. Las Cortes de Cádiz los declararon *beneméritos de la patria*, y sus nombres fueron inscritos con letras de oro en el salón en que se celebraban sus sesiones.

El libro de *Burgos en la Guerra de la Independencia*, de don Anselmo Salvá, ofrece un molde nuevo á la extensa bibliografía de la *Guerra de la Independencia*, y como la Academia observará, constituye en ella, por sus sufrimientos continuos de seis años, una página tan gloriosa como las más gloriosas entre tantas merecedoras de eternos laureles de la gratitud nacional.

Tiene ahora el académico que informa que ocuparse de un libro que, aunque parezca extraño, por su título, al grupo de los que han de formar la extensa bibliografía de la guerra de la Independencia, basta pronunciar el nombre del personaje histórico que da tema para esta monografía, para que se justifique plenamente que, al entrar en la crítica de la Academia, éste es el verdadero lugar que debe ocupar con la alta calificación que corresponde á su importancia. Este libro, que no es más que una tesis brillantemente presentada para hacer los ejercicios del doc-

torado ante un tribunal universitario, que, presidido por nuestro digno Secretario perpetuo, el Sr. Hinojosa, contaba algún otro académico entre sus jueces, como el Sr. Vives, se titula *Joaquín Murat y los tiempos de su reinado en Nápoles*. La precisión de este tema no perjudica ni disminuye la importancia que en España necesariamente debe tener el nombre de esa personalidad histórica. El nombre de Murat se halla en toda aquella parte de la Historia de España de los primeros años del siglo XIX en todas las gestiones que el Gobierno de Carlos IV y María Luisa hizo, con grandes sacrificios de nuestro país, para colocar en aquel efímero trono italiano del improvisado reino de Etruria, la penúltima y acaso la más amada de los hijos de aquellos soberanos, enlazada con el heredero del extinguido Estado de Parma, donde la reina madre María Luisa había nacido. El nombre de Murat encarna más de lleno en toda nuestra historia peninsular, cuando puesto al frente de los ejércitos invasores de España, y convertido en el instrumento ejecutivo de los planes de Napoleón, tuvo que llenar en Madrid, en días de nefasta recordación, el papel de la arbitrariedad, del despotismo, de la violencia sangrienta y de la usurpación depresiva que califica las tristes efemérides que corrieron desde la revolución de Aranjuez, pasando por el Dos de Mayo de Madrid, hasta la designación imperial de José Bonaparte en Bayona para venir á ceñirse la corona de Pelayo, Jaime de Aragón, Isabel la Católica y Carlos V. Por lo tanto, todo cuanto hace relación á Murat, desde su cuna hasta su matrimonio, desde su exaltación á las primeras dignidades de la milicia y del imperio hasta su coronación como rey de Nápoles, y después de estas fechas hasta su derrota en Tolentino y su fuga en Miniscola, su tentativa de restauración y su prisión y sacrificio en Pizzo, todo entra en el interés de nuestra *Historia de la Guerra de la Independencia*, no sólo porque á España interesa de igual modo estudiar completamente cada una de las figuras militares que Napoleón importó á la Península para dominarnos, sino porque al caho, depurada la historia después de los estudios críticos de todo un siglo, la *Historia de la Guerra de la Independencia de España* no sólo se constituye en episodio exclusivo de

nuestra nación, sino que, con la influencia que ejerció en la política general de todo el Continente, ella se levanta á la condición de la página más brillante de la historia universal de aquel tiempo; pues con la ponderación moral de su influjo, de ella emanaron las alianzas y coaliciones, que, derritiendo en su foco la estatua de Napoleón, puso término definitivo á aquella gran crisis, en que todo el Continente europeo estuvo envuelto, desde el ardiente Estrecho gaditano hasta las nevadas estepas rusas.

El autor de este libro, hijo de padres extranjeros, y con grandes relaciones de afinidad con la familia de los Murat, es un joven que, tomando desde la cuna la nacionalidad española, á la que en la actualidad gallardamente sirve hasta con las armas de soldado, escogiendo para su discurso el tema limitado que su epígrafe determina, ha querido rendir á su patria española, sin mengua de sus antecedentes y vínculos familiares, un tributo de sumas delicadezas que hay también que reconocer en esta obra. Llámase su autor D. Ignacio Baüer, y al académico que informa le es grato llamar la atención de la Academia sobre este trabajo, que es el primer fruto de sus aficiones literarias, porque, considerándole bien por él, augura para tiempos venideros un aplicado colaborador de nuestros estudios, que si persevera en ellos, indudablemente le prometen merecidos laureles y recompensas de nuestro propio instituto.

La sucinta biografía de Murat, con que los tres primeros capítulos del libro comienzan, ya dejan notar un espíritu de depuración crítica é ingenua, que es una gran base para toda labor desapasionada en que se tenga por norte dotar á la historia de su más preciosa virtud: la verdad. En este análisis desaparecen todas las ficciones hasta ahora mantenidas por la prevención y el odio de las tradiciones admitidas. Tiene el Sr. Baüer que delinear la imagen de una figura moral, y acude al arsenal más propio para que de él resalte: á sus cartas de la intimidad, adonde ningún convencionalismo humano tiene cabida; y en el capítulo segundo ofrece un manojo de estos documentos, que no son una apoteosis, sino una cartilla para estudiar un carácter. El capítulo tercero condensa los servicios militares de Murat desde 1792 y

sus ascensos continuados, á causa de su comportamiento en los campos de batalla, á que le lleva, ya simple general, ya cónsul, ya emperador, Napoleón, hasta elevarlo á príncipe soberano de Cleves y Berg. Esto era ya en 1806, después de Austerlitz; y todavía le hace desfilar, mandando la caballería de *la grande armée* por Jena, por Lubeck, por Friedland. Después le remite á España, y el Sr. Baüer, llegando aquí, todo cuanto puede decir lo dice en un pequeño párrafo del modo siguiente; «Cuando Murat pensaba volver á sus Estados fué encargado en 1808 del mando superior del ejército que penetró en Madrid el 25 de Marzo, y bajo su mando ocurrieron, *sin culpa suya*, los sangrientos acontecimientos del *Dos de Mayo*. Como Carlos IV le había investido de la autoridad real, ya se creía rey de España; pero Napoleón, por edicto de 6 de Junio de 1808, concedió el trono español á su hermano José, entonces rey de Nápoles». En la sobriedad de estas palabras la Academia observará el rendimiento de discreto respeto del Sr. Baüer hacia su patria España; respeto que á la vez impone al académico que informa no entrar en el análisis del último inciso del párrafo copiado.

Otros tres capítulos consagra el autor á *Murat, rey de Nápoles*, á *Las derrotas de Murat* y al *Proceso de Joaquín Murat*. Son el término de una biografía, después de la cual se encuentran, como noticias curiosas, un capítulo que se consagra á las *Personas notables que han llevado el apellido de Murat;* otro á una extensa bibliografía de las obras que han facilitado datos al autor para su estudio, y, por último, once apéndices de documentos y juicios sobre Murat, que son también de mucho aprecio, sobre todo, porque en ellos el autor revela las cualidades excepcionales que el Sr. Baüer posee, no sólo para la investigación, sino para la sana crítica de lo que su investigación descubre. Todas estas circunstancias hacen por todo extremo recomendable el trabajo del señor Baüer, bajo el punto de vista del progreso de los estudios históricos en nuestra patria, objeto predominante de la acción fecunda de esta Real Academia.

No como monografía histórica, sino como efeméride ilustre en la celebración del primer Centenario de la batalla de Vitoria, el digno director del Museo y del *Memorial de Artillería*, coronel del arma, D. Teodoro Ugarte, ha hecho publicar un interesante folleto de 12 páginas en 4.°, acompañado de tres documentos originales fotografiados y en pliego aparte, con el título de *Conmemoración de la batalla de Vitoria*. Este folleto constituye á su vez otro documento interesante que guardar en nuestros Archivos históricos. En efecto, la batalla de Vitoria el 21 de Junio de 1813 riñóse bajo el mando de lord Wellington, Duque de Ciudad Rodrigo, con el ejército aliado de españoles, ingleses y portugueses, contra el ejército francés, mandado en persona por el rey José Bonaparte, asistido del mariscal Jourdan. No sólo este ejército fué de tal modo derrotado, que de los 152 cañones que los franceses pusieron en fuego, perdieron 151 entre el fragor del combate, así como el rey José su equipaje, el mariscal su bastón y sus legiones el innumerable convoy de carros cargados con las riquezas que habían sido fruto violento de sus rapiñas en las últimas localidades donde acamparon. Con este motivo, y con este recuerdo, los artilleros ingleses, reunidos en Shoeburyness en fraternal banquete para celebrar este fasto, se dirigieron telegráficamente al general D. Leandro Cubillo, jefe de la sección de Artillería del Ministerio de la Guerra, en Madrid, á fin de transmitir á los artilleros españoles, por su autorizado conducto, un cordial saludo y una sincera felicitación, y este telegrama, y la contestación no menos expansiva del general Cubillo, en nombre de los artilleros de España, son el fundamento interesante del folleto de que se informa.

El complemento de este tributo recíproco entre los artilleros ingleses y españoles lo ilustró el coronel Ugarte, añadiendo á la narración del suceso tres documentos originales del rico archivo que de su esclarecido abuelo, el Marqués de las Amarillas, don Pedro Agustín Girón y Ahumada, posee el actual Duque de este último título. Estos documentos son: 1.° Una carta del general Graham al general Girón, fechada en Murguía el mismo día 21 de Junio, á las ocho de la mañana, dándole órdenes para que di-

rigiera su columna á continuación de la suya por la Calzada, hacia Letona, para que una parte de ella sirviera de reserva, y la otra actuara sobre la izquierda. 2.° La orden de lord Wellington á Girón la víspera de la batalla, transmitida desde Subijana de Morillas, á las tres de la tarde del 20 de Junio. 3.° Una relación de las monedas encontradas en tres cajones de los cogidos al enemigo, importando 208.544 reales, y 30 más entre pesos españoles, francos, medios luises, Napoleones de á cinco francos y pesetas (1).

La Academia ha de permitir al académico informante, con motivo de la publicación de estos documentos, que exponga la necesidad que hay de tomar, al menos, apunte de la importancia que el archivo del Duque de Ahumada tiene en esta parte de los de la Guerra de la Independencia, todos inéditos y enteramente desconocidos, hasta que al verificarse el año de 1908 la Exposición Histórica y Artística del Centenario del Dos de Mayo, sus poseedores, que allí los exhibieron, los dieron á conocer. En el *Catálogo* de aquella Exposición se hizo reseña bastante extensa de los cinco volúmenes en folio y bien encuadernados que los

---

(1) Después de aprobado por la Academia este Informe, así en esta Corporación como por el Académico informante, se han recibido ejemplares de otro folleto suscrito por nuestro Correspondiente en Londres, General de la Artillería británica, Sr. J. C. Dalton, teniendo por título *The Centenary of the Battle of Vitoria*, 1813-1913, impreso en Woolwich: at the Royal Artillery Institution. El contenido de este folleto apareció antes en las páginas de la excelente revista facultativa militar *The Journal of the Royal Artillery*, en su núm. 7, vol. XL, correspondiente al mes de Octubre último también. En el trabajo del General Dalton, no sólo se incluyen los telegramas originales cambiados entre los artilleros ingleses reunidos en Shoeburyness y el General Jefe de la Sección de Artillería del Ministerio de la Guerra en Madrid, sino el texto de los cambiados en la misma fecha, y con el mismo objeto, con el Mayor Teixeira Botelho en el Ministerio de la Guerra de Portugal. Además se traducen é insertan íntegros todos los documentos del folleto de nuestro Coronel D. Teodoro Ugarte, Director del Museo y del *Memorial de Artillería* de que aquí hacemos relación, y el texto de lo publicado por el mismo *Memorial*. Los comentarios del General Dalton corresponden á la alta estimación recíproca de los artilleros de España y la Gran Bretaña, y á la exaltación de la acción histórica y militar que se conmemora.—P. de G.

contienen, y después de reseñados, se añadió en una nota: «Es la colección documentaria más importante que conocemos de la Guerra de la Independencia, perteneciente á archivos de familia, por el orden con que está formado, el número de sus piezas auténticas y los preciosos resúmenes de sus campañas, hechos por el mismo general Marqués de las Amarillas.» En efecto, el primero de estos volúmenes contiene una correspondencia interesantísima que abraza todos los sucesos militares de la campaña de 1808; el segundo, los de los sucesos de la de 1809; el tercero y cuarto, se refieren al año 1814, y al 1812 el quinto. No hay un solo general español é inglés que en estas campañas hubiera tomado alguna parte, de quienes no existan comunicaciones autógrafas é íntimas dirigidas al general Girón.

Tanto por haber dado á luz los tres documentos relativos á la batalla de Vitoria, de que se ha hecho referencia, como por el dato histórico que consigna respecto al Centenario de la misma acción militar, el folleto que se examina merece, en opinión del académico informante, el más subido aprecio.

El último de los libros objeto de los actuales informes, está escrito en catalán. Se titula *Els Manresans al Bruch;* contiene dos *Relaciones*, al parecer inéditas, de uno de los caudillos de aquella heroica empresa del día 6 de Junio de 1808, D. Mauricio Carrió y Serracanta, y han sido recogidos y publicados en Barcelona por D. Francisco de Paula Solá Montañá, con numerosas notas ilustrativas, nueve escritos apologéticos de la memorable jornada y cincuenta y seis documentos justificativos.

Acerca de un protagonista determinado de la hazaña del Bruch, han contendido por largo espacio de tiempo dos opiniones diversas, sostenidas, más que por el tesón de depurar la verdad, por sostener el amor propio que en esta ocasión no puede menos de calificarse de enteramente patriótico, de dos localidades catalanas, cada una de las cuales mantiene á todo trance el honor de la prioridad que consideran pertenecerles en la perso-

nificación del héroe, por fijar como salido de su seno respectivo el glorioso combatiente en que se quiere simbolizar toda la gloria del admirable y afortunado hecho de armas á que el Bruch y sus somatenes dan el nombre. Es respetable esta noble emulación. En los primeros hechos de la gran protesta nacional de España contra la dominación francesa en 1808, casi todos tienen un nombre que los personifica ante la Historia: Daoiz y Velarde son el signo luminoso del *Dos de Mayo* en Madrid; el general Castaños es la imagen militar del triunfo de *Bailén;* Palafox condensa en su nombre las titánicas defensas de *Zaragoza*, y el inmortal Álvarez las de *Gerona*. Los somatenes de Monserrat también aspiran á personificarse en ese altar providencial y maravilloso, y éste es el pleito entre Manresa é Igualada, y á esto se reduce toda la literatura polémica de las gallardas jornadas de los somatenes catalanes en el Bruch, de la que *Els Manresans al Bruch* pretende ser la sentencia definitiva.

Acerca de las *Relaciones* inéditas atribuídas al caudillo Mauricio Carrió, que habiendo nacido en 1779 llegó á alcanzar una avanzada ancianidad hasta el año 1859 en que falleció, si bien no ha sido puesta en duda su autenticidad, se ha hecho observar que habiéndolas escrito en los últimos tercios de su vida, podrían adolecer de los espejismos de la edad y de la distancia, que suelen modificar las nociones que á la memoria quedan de la realización de los hechos que contienen. Este no sería argumento ni aun de duda, si en la extensa documentación que el autor del libro publica, muy interesante toda ella, hubiese datos precisos con que atestiguar de una manera indiscutible las afirmaciones que se hacen. Entre estos 56 documentos no consta más que uno solo, que denomina á Mauricio Carrió como *primer capitán y comandante de los somatenes de Manresa* el 6 de Junio de 1808, día de la función de guerra tan costosa al ejército francés que desde Barcelona envió el general Duhesme con el propósito de castigar en Manresa la quema del papel sellado que, con el resello de la habilitación del Gobierno de Murat sobre el real de Carlos IV, se envió el 20 de Junio á dicha ciudad para los efectos oficiales del uso del papel timbrado. Este documento es una *hoja*

de los servicios militares de Mauricio Carrió, capitán-comandante y teniente de Infantería retirado á Dispersos de la ciudad de Manresa, que lleva la fecha del 11 de Diciembre de 1829, y está certificada por el brigadier D. Antonio Cano de Orbaneja, gobernador militar y político de aquella ciudad y su corregimento. En la tabla de los empleos que obtuvo durante su vida militar Carrió, se halla filiado como soldado voluntario del quinto de Barcelona el año 1792, durante la guerra de España con la República francesa, vulgarmente conocida por la guerra del Rosellón, y á continuación como *primer capitán y comandante del Somatén manresano* el 6 de Junio de 1808. Si *con esta anotación explícita* el documento existe, no se le puede negar la importancia que aporta á las afirmaciones del autor del libro *Els Manresans al Bruch;* aunque tendría más autoridad, si esta Hoja de servicios procediese de alguno de los Archivos militares ó históricos de la capital de Cataluña ó del Municipio de Manresa, que siendo, como al pie de su reproducción se consigna, papel *en poder de la familia Carrió.*

Entre las notas que el autor ha puesto á las *Relaciones* inéditas del caudillo, hay una, núm. 7, en la pág. 49, segundo párrafo de la misma, que textualmente dice así: «En efecte, á falta de la verdadera *Relació* que retenía en son poder D. Ignasi R. Miró, no faltá qui doná á entendre al IIII que sí escribía una. Escrita per qui sols havia de poguer consignar lo que habia sentit dir, y mostraria *exagerat* afecte al seu pare y aixis per ser molt just lo criteri que havia format d'ella el redactor de *La Crónica Manresana*; ab tot y axó, en substitució de la del pare pot dirse que fou la mes acreditada; tant, que havent residit algun temps lo P. Fita Colomer, aquest illustre historiayre, *va adquirir el manuscrit y ne feu present á la Reyal Academia de la Historia de Madrid hont se trova.* Nosaltres ne voliam adquirir una copia; *pero nostres desitjos no s'han vist atesos, perque les instancias que havem fet han resultat infructuosas á les nostres ganes de comprovarla.*»

Todo lo que se dice en esta nota está fuera de la exactitud. Ni nuestro digno Director el P. Fita Colomer adquirió durante su

permanencia en Manresa, hace más de cuarenta años, la *Relación* á que la nota se refiere, ni, por lo tanto, la regaló á esta Real Academia, ni en ella se encuentra, ni se ha encontrado nunca, ni la Academia ha hecho nada para frustrar los deseos del que pretendía sacar una copia de ella. El P. Fita Colomer no se ha ocupado de la heroica jornada del Bruch, más que en un brevísimo pasaje del cap. VI, párrafo 42, pág. 167 de su libro titulado *La Santa Cueva de Manresa: reseña histórica*, impreso en Manresa en la imprenta de Roca el año 1872. En dicho pasaje se expresa así: «Manresa tiene á gloria el haber sido la primera ciudad de Cataluña que alzó el grito de independencia contra el usurpador del trono de nuestros reyes. La famosa batalla del Bruch, en que un puñado de valientes derrotaron el día 6 de Junio de 1808 al ejército francés, vino á mostrar á España que las armas de Napoleón, acatado de todo el resto del mundo, no eran invencibles. *Nosotros hemos oído de boca de algunos de aquellos valientes* que ganaron tan memorable acción, que reunidos al pie de la Santa Cueva, ó por mejor decir, *apiñados á su alrededor*, tomaron allí esfuerzo sobrehumano para lanzarse á tan singular pelea.»

Como se ve, en el pasaje del P. Fidel Fita, no se singulariza nombre alguno como protagonista del hecho portentoso; habla de la colectividad, no de un caudillo; los dibuja, con la fe de narradores testigos del hecho, *apiñados* alrededor de la Santa Cueva, y lo singular en todo esto fué sólo *la fe religiosa*, que en lance tan crítico, buscó el auxilio de la Santa protectora de la portentosa montaña por ayuda del sacro fuego patrio que en sus corazones latía y por refuerzo del valor indómito que allí quedó tan acreditado. En el pasaje del ilustre historiador P. Fita no se realzaba más que un nombre, el del titular de la Santa Cueva, San Ignacio, que entregó su espada á la Virgen de Monserrat; porque á despecho de innovadores incrédulos con maticillos de ateos, la religión, en la Historia de España, es uno de los elementos más poderosos de todas sus maravillas históricas. Y del acierto de la opinión sincera del P. Fita en este pasaje, nada responde más elocuentemente que las últimas palabras del mismo prologuista del libro *Els Manresans al Bruch*, D. José Lleonart. Sea en labios de

Carrió, como ahora se quiere, sea en labios *de los apiñados* alrededor de la Cueva Santa, como dice el P. Fita, antes de la acción, en toda la montaña no se oyó más que una orden: «*Rezem la Salve y l'acte de contrició*»: después del combate este grito triunfal: «*Es un miracle de la Mare de Deu de Monserrat*».

Para la Historia, hasta ahora, la santa hazaña del Bruch el 6 de Junio de 1808, en que un puñado de héroes hizo huir vencidos á los soldados *invencibles* de Napoleón, no ha tenido, ni en adélante tendrá, más que estas dos hermosas personalidades que la simbolicen: la Virgen de Monserrat y los somatenes del Bruch.

Ya en prensa este Informe, llega á mis manos una nueva hoja en 4.° y en tres páginas de impresión, que, aunque carece de pie de imprenta, parece estar publicada en Barcelona, ó en Igualada mismo, con el título de HONORES Y PREEMINENCIA DE LA BANDERA DEL SANTO CRISTO; NOTA DE D. JUAN GODÓ, *cabo de los Somatenes del partido de Igualada, mayo de 1913*. La importancia de este documento es tal, que, con la anuencia de la Academia, y no siendo muy extenso, consideramos deber darlo á conocer íntegro, por término de esta cuestión.

Dice así:

«I.—Por Real Decreto de 19 de abril de 1893, esta famosa bandera, digna sucesora de la *Bandera Real* que en 1233 concedió D. Jaime I al *Sometent* igualadino, tiene honores de Capitán General: *Se tributarán á la bandera del Santo Cristo de la ciudad de Igualada, en todas las solemnidades que se ostente, los mismos honores que para los Capitanes Generales están consignados en las Ordenanzas generales del Ejército.*

»II.—En la solemnísima fiesta del Patronato de los Somatenes en Montserrat (10 de abril de 1904), fué ostentada por S. M. el Rey ante 16.000 hombres con 18 banderas, viva representación de todas las comarcas, estamentos y linajes de Cataluña, *produciendo en la multitud delirante entusiasmo, la vista de la santa enseña en manos del joven Monarca*, la cual, en expresión del orador sagrado, *con la Virgen Santísima y el Rey, compartió la presidencia de aquella solemnidad.* (B. O.)

»III.—Por Real Orden de 11 de mayo de 1907, le fué concedida, creándola al efecto, una corbata especial.

»Considerando, *dice*, que aun cuando la corbata de San Fer»nando es la única distinción honorífica que ostentan las bande»ras nacionales, como lo que se desea es testimoniar públicamente »la honra de que fué objeto la del Somatén de Igualada y la se»ñalada preeminencia de esta enseña histórica entre las de los »restantes Somatenes; que el conceder á la misma un distintivo »que exteriorice el galardón, consagra el recuerdo de un hecho »heróico, porque en el más alto grado lo fué el del Bruch y al »par heróico, oportuno y eficaz, por ocurrir á poco del del dos »de Mayo y ser el primero en que fueron derrotadas en campo »abierto las tropas invasoras; que la parte que en él cupo á los »igualadinos, dirigidos por el insigne D. Antonio Franch, y el »lugar que ocupó la bandera, perdida y recobrada durante la »lucha, rota y hecha girones, bien alto proclama cuanto se les »debió en la victoria y cuan merecedora su insignia á los hono»res que en mil ochocientos noventa y tres se les señalaron; y »por último, que circunstancias de oportunidad, próximo ya el »centenario de la famosa jornada del Bruch, por la conveniencia »de que perdure en las generaciones catalanas con el recuerdo de »aquella, el amor y la gratitud que la Patria española profesa á sus »abnegados hijos, héroes de la independencia; el Rey (q. D. g.), »de acuerdo con el Consejo de Ministros, ampliando lo resuelto »por el Real Decreto de referencia, se ha servido conceder á la »bandera igualadina el uso en lo alto de su lanza, de una corbata »de seda encarnada de diez centímetros de ancho, al extremo de »cuyos lazos se colocarán los tres entorchados pertenecientes á »la jerarquía de Capitán General, como expresión del alto honor »que le corresponde.»

»IV.—Finalmente, cabe recordar, que á los actos de oficial glorificación á la bandera del Santo Cristo, realizados por SS. MM. la Reina Regente D.ª María Cristina y más tarde por su augusto hijo D. Alfonso XIII, asocióse en 1908, en ocasión de las fiestas del centenario de la batalla del Bruch, S. M. la Reina D.ª Victoria Eugenia, regalando á la misma la valiosa corbata, magnífica

presea llamada hoy por todos *la corbata de la Reina;* y que para su entrega y solemne imposición, vinieron á Igualada los Infantes de España D.ª María Teresa y D. Fernando, constando en acta, que *en nombre de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, S. A. R. D.ª María Teresa de Borbón colocó la mencionada corbata, regalo de S. M. la Reina D.ª Victoria Eugenia, en la invicta bandera del Santo Cristo, en medio del entusiasmo del pueblo, fuerzas del Somatén y del Ejército, aquí congregados.*

»Ya nuestros mayores la honraron y enaltecieron peleando en el Bruch al grito de *Sant Crist, ajudaunos*, y cubriendo después con ella el féretro de sus heróicos defensores, cuando sucesivamente fueron así acompañados al sepulcro, constituyendo ahora esta nobilísima enseña, honra y prez de nuestro Instituto, el más preciado blasón é insigne trofeo de la primera victoria alcanzada por los españoles contra el ejército de Napoleón.»

Á continuación se reproduce, en fotograbado, el *Águila francesa apresada por los Somatenes en el Bruch*..

Madrid, Noviembre 1913.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
Académico de Número.

III

CRIANZA DE D. JUAN DE AUSTRIA

En el *libro 1 de Bautismos* de la parroquia de San Salvador de la villa de Leganés, al fol. 180, y en la margen de la partida de Ana, hija de Gabriel de Medina y de su legítima mujer Catalina, á cuyos padrinos Miguel Galbán y su mujer Juana acompañó *Francesquín*, flamenco, fecha 28 de Abril de 1555, hay una nota que dice así:

«Francesquín, flamenco, que se cita en esta partida, fué un criado muy querido del Emperador Carlos V, *á quien encargó*